

## Paraguay, 7 de 8

Salvador Romero Ballivián  
(Director de IDEA Internacional  
en Paraguay)



Fotografía: Luis Vera

El domingo 30 de abril, el verano dio un último coletazo, y en una jornada calurosa y húmeda, Paraguay celebró su octava elección presidencial consecutiva desde 1989, tras el derrocamiento de la dictadura de Alfredo Stroessner, que sumó tardíamente al país a la tercera ola de la democracia. Aunque el dato pasó desapercibido, vale la pena subrayarlo: con estos comicios, se igualaron las ocho presidenciales autoritarias, sucesiva y abrumadoramente ganadas por Stroessner entre 1954 y 1988.

El triunfo de Santiago Peña del oficialista Partido Colorado implicó la séptima victoria en ocho justas, un récord del que ningún otro partido latinoamericano puede jactarse. En ese sentido, fue simultáneamente excepcional y rutinario para un partido de rasgos predominantes ante su tradicional adversario liberal, en uno de los últimos bipartidismos históricos vigentes en la región. La continuidad colorada se construyó sobre sus fortalezas intrínsecas y las fragilidades de la oposición, a pesar de un ambiente que



difícilmente podía considerarse auspicioso para conservar el mando. En efecto, el país atravesó una racha económica de altibajos, lastrada por la recesión de la pandemia, un rebote insuficiente y sequías que penalizaron las cruciales actividades y exportaciones agroganaderas. Las variables sociales se estancaron o retrocedieron.

La consecuencia fue una insatisfacción con el gobierno del colorado Mario Abdo y, de manera más amplia, el malestar con el funcionamiento de la democracia, agravado por el sentimiento de que prevalece una extendida corrupción e impunidad. Varios de estos factores, comunes en América Latina, explican las dificultades de los oficialismos; en Paraguay se añadió un lote de sanciones de Estados Unidos contra dirigentes colorados por “corrupción significativa”, incluyendo a Horacio Cartes, jefe del partido y de su facción mayoritaria, expresidente de la República y uno de los hombres más ricos del país.

Tras una campaña desabrida, sin debates entre los punteros y pocas ofertas concretas, 63.2% de los inscritos sufragó, dos puntos más que en 2018. Si en los años recientes la participación latinoamericana mostró, en general, un signo declinante, el modesto avance en estos comicios fue insuficiente para alcanzar la media paraguaya y constituyó otra faceta del desencanto ciudadano.

Si en los años recientes la participación latinoamericana mostró, en general, un signo declinante, el modesto avance en estos comicios fue insuficiente para alcanzar la media paraguaya y constituyó otra faceta del desencanto ciudadano.

Pese al viento en contra, el Partido Colorado logró una victoria nítida (42.7%), la primera de un gobierno latinoamericano desde el inicio de la pandemia (exceptuada la reelección de Daniel Ortega en Nicaragua, fuera de cualquier parámetro democrático). Si bien sufrió una merma con respecto a la elección presidencial precedente (-6.2 puntos), guardó la pieza clave: la lealtad de su base, capaz de una movilización constante y cohesionada, por sobre las diferencias internas, aunque de limitada capacidad de expansión fuera de ese círculo. En claro, retuvo la presidencia gracias a sus ventajas tradicionales: una densa presencia territorial, apoyos en un arco social extenso, una mayor disposición de recursos, una propuesta de cambios en la estabilidad y un esquema afinado para asegurar la asistencia de sus simpatizantes en la jornada de votación.

Empero, la victoria y la mayor diferencia con respecto al principal contendiente en tres décadas (15.3 puntos), no se comprenden sin los tropiezos de la oposición. Quienes no eligieron al oficialismo se dividieron. Efraín Alegre perdió por tercera vez consecutiva (27.4%), en uno de los desempeños más bajos de la oposición, a pesar de construir una coalición amplia alrededor del Partido Liberal, con formaciones de derecha e izquierda. Con una campaña fijada en la alternancia y

la denuncia frontal de los colorados, la Concertación no consiguió ir mucho más allá de su cosecha en las primarias de 2022.

Esa alianza fracasó en resolver el reto que le planteó Paraguay Cubas, un *outsider* sin aparato ni estructura partidaria. Recostado sobre las redes sociales —y con una mano de los medios afines al oficialismo—, su mensaje antisistema, un estilo provocador, incluso agresivo, Cubas acaparó la atención en una campaña gris y finalizó tercero (22.9%). Su porcentaje confirmó el papel crecientemente decisivo de las redes para impulsar candidaturas de bajo perfil inicial —como la de Rodolfo Hernández en Colombia en 2022—, y la insatisfacción de una franja considerable del electorado con la paleta de la oferta tradicional.

Si la votación pasó sin mayores contratiempos, la fase postelectoral se enturbió. Cubas denunció, sin pruebas, un fraude colorado y consiguió cierta adhesión en otras capas opositoras y encendió controversias en la ciudadanía. Cuando la situación parecía aquietarse, se agravó tras su inesperada detención. Ese desenlace atípico reabre interrogantes sobre el juego democrático.

En ese ambiente cargado de suspicacias, Peña asumirá la presidencia en agosto. Las cifras de entrada lucen favorables, gracias a



la mayoría absoluta en el Senado, la Cámara de Diputados y la victoria en 15 de las 17 gobernaciones. Al frente, la oposición clásica requerirá curar heridas y enfrentar la ardua reconstrucción de liderazgos, en tanto que Cubas tendrá que hallar fórmulas para implantarse de manera durable en el escenario político.

Por su parte, Peña deberá probablemente lidiar con el riesgo de rápido desgaste gubernamental, perceptible en la región, aunque, tal vez en su caso, se limite por las escasas promesas de campaña y la expectativa modesta de cambios en un modelo marcado por la continuidad. Necesitará sobre todo definir un estilo propio y los términos de su relación con el jefe de su corriente, Cartes. Por primera vez en el siglo XXI, el presidente colorado no es simultáneamente el conductor del partido. Un reto no menor para el mandatario más joven de la democracia paraguaya en un contexto local y externo de múltiples incertidumbres.

Si la votación pasó sin mayores contratiempos, la fase postelectoral se enturbió. Cubas denunció, sin pruebas, un fraude colorado y consiguió cierta adhesión en otras carpas opositoras y encendió controversias en la ciudadanía.

